

de tu infancia se renueva en el alma del desdichado... entonces eras tú tan feliz, tan completa, tan tranquilamente feliz... y ahora... ahí yacen los destrozados restos de tus planes. Aquí debías discurrir algún día, hombre ilustre, magnífico y alabado... aquí florecer de nuevo en tus robustos hijos, con tu esposa Amalia... aquí el ídolo de tu pueblo... pero un mal ángel lo dispuso de otro modo. (Se detiene.) ¿Por qué he venido aquí? Para igualarme al prisionero, al que despierta de su ensueño de libertad el ruido de sus cadenas... no... vuelvo á mi destierro... ¡El cautivo había olvidado ya la existencia de la luz, y el fantasma de la libertad pasó delante de él como un relámpago en medio de la noche, para sumirlo de nuevo en la oscuridad... ¡Adios, valles natales! Antes visteis á Carlos niño, y el niño Carlos era feliz... ahora lo veis hombre, y la desesperacion es su patrimonio. (Hace un movimiento rápido como para huir y se para de repente, y mira melancólico al castillo.) ¡No verla ni un instante!... Sólo una pared me separa de Amalia... ¡No! he de verla... he de verla... aunque haya de perecer. (Vuélvese.) ¡Padre, padre! Tu hijo llega... ¡Lejos de mí, negro vapor de sangre! ¡Lejos de mí, muerte descarnada, horrible, de mirada vertiginosa! ¡Béjame libre sólo una hora. Amalia, padre, tu Carlos llega. (Aproxímase al castillo á paso rápido.) Atórméntame cuando venga el día, no te separes de mí por la noche... que sueños espantosos me aflijan, pero no emponzoñes este mi único placer. (Detiénese á la puerta.) ¿Qué emoción es la tuya? Moor, ¿qué sientes? ¿No eres un hombre?... Escalofrío mortal... presentimiento terrible... (Entra.)

ESCENA II.

Galería en el castillo.

MOOR y AMALIA, que entran juntos.

AMALIA.—Y ¿tenéis seguridad de reconocer su imagen entre estos cuadros?

MOOR.—¡Oh, completa seguridad! Su retrato siempre está presente en mi memoria. (Examinando los cuadros.) Este no es.

AMALIA.—¡Cierto!... Era el fundador de este condado, ennoblecido por Barbarroja, á quien sirvió contra los piratas.

MOOR. (Siempre examinando los cuadros.) — Tampoco es ese... ni este... ni aquel... No está entre ellos.

AMALIA.— ¿Qué decís? Mirad bien. Creía que lo habíais de conocer.

MOOR.— Ni á mi padre conozco mejor. Carece de la expresion indefinible de la boca, que lo distingue entre mil... no es.

AMALIA.— Me admiro de lo que oigo. ¿Cómo? ¿No lo habéis visto en diez y ocho años, y sin embargo...

MOOR. (Con rapidez y ruborizándose ligeramente.)— ¡Este es! (Quédase como herido de un rayo.)

AMALIA.— ¡Un hombre excelente!

MOOR. (Absorbido en su contemplacion.) — ¡Padre, padre! ¡Perdóname!... ¡Sí, un hombre excelente! (Enjúgase las lágrimas.) ¡Un hombre divino!

AMALIA.— Parece que os interesa mucho.

MOOR.— ¡Oh, un hombre excelente!... ¿Y ha muerto?

AMALIA. — Si, como mueren nuestras mayores alegrías. (Con dulzura, cogiendo su mano.) Ninguna felicidad, señor Conde, florece en esta tierra.

MOOR. — ¡Muy cierto, muy cierto!... ¿Y es posible que ya hayáis hecho tan triste prueba? No tendréis todavía veintitres años.

AMALIA. — Y ya lo sé. Todo cuanto vive, muere al cabo tristemente; cuanto nos interesa, cuanto poseemos, lo hemos de perder con dolor.

MOOR. — ¿Habéis perdido algo?

AMALIA. — ¡Nada! ¡Todo! ¡Nada! ¿Queréis ver más, señor Conde?

MOOR. — ¿A qué tanta prisa? ¿De quién es aquel retrato de la derecha? Me parece de fisonomía algo antipática.

AMALIA. — Ese retrato de la izquierda representa al hijo del Conde, al señor actual... ¡Venid, venid!

MOOR. — Pero ese retrato de la derecha...

AMALIA. — ¿No queréis venir al jardín?

MOOR. — Pero el retrato de la derecha... ¿Lloras, Amalia? (Vase Amalia precipitadamente.)

MOOR. — ¡Me ama, me ama! Todo su sér comenzaba ya á rebelarse; lágrimas acusadoras caían por sus mejillas... ¡Me ama! ¡Desdichado! ¿Lo mereces acaso? ¿No estoy yo aquí como un condenado á muerte ante el tajo fatal? ¿Ese es el sofá en donde, pendiente de su cuello, me embriagaba en un mar de delicias? ¿Son estos los aposentos paternos? (Sobrecogido al mirar el retrato de su padre.) ¡Tú, tú!... Llamas despiden tus ojos... ¡Maldición, maldición, reprobación!... ¿En dónde estoy? La noche me rodea... ¡Dios terrible! ¡Yo, yo lo he asesinado! (Vase corriendo.)

FRANZ DE MOOR. (Absorbido en sus cavilaciones.) — ¡Lejos de mi esa imagen! ¡Lejos de mi, cobarde mujerzuela! ¿Por qué tiembles y ante quién? Pocas horas hace que el Conde discurre entre estas paredes, y parece que sigue mis pa-

sos un espiá del infierno... ¡Debo conocerlo!... En su rostro feroz y tostado por el sol, hay cierta grandeza y rasgos conocidos, que me hacen temblar... ¡Tampoco Amalia es indiferente con él! Miradas curiosas y melancólicas le prodiga, siendo tan avara de ellas con los demás. ¿No he observado que, al deslizarse en la copa de vino algunas lágrimas furtivas, él, á mi espalda, las bebía con tanta ansia, que parecía como si quisiera tragarse también la misma copa que las contenía? Sí; lo ví; el espejo fiel lo descubrió á mis ojos. ¡Hola, Franz, alerta! ¡Un monstruo, preñado de males, se oculta para tí bajo esas apariencias! (Deteniéndose ante el retrato de Carlos, examinándolo con curiosidad.) ¡Su largo cuello... sus ojos negros llenos de fuego!... ¡hum, hum!... Sus cejas sombrías, pobladas, que cubren sus ojos... (Con un movimiento repentino.) ¡Infierno, ávido de males! ¿Tú me inspiras este presentimiento? ¡Es Carlos, sí! ¡Ahora veo con claridad sus facciones!... ¡Él es, él, á pesar de su máscara!... Él es! ¡Muerte y condenación! (Pascándose agitado.) ¡Para esto he pasado en vela mis noches?... ¿Para esto arrancado montañas y abierto en su lugar abismos... rebelándome contra todo instinto de humanidad... para que ese ligero vagabundo rompa al fin mi bien tramada tela?... ¡Poco á poco, poco á poco!... Algo queda por hacer todavía... Tan hundido me encuentro sin esto en el fango del pecado, que sería estúpido nadar hacia atrás, estando la orilla tan lejos... no hay que pensar, pues, en la vuelta... La misma gracia habría de empuñar el palo del mendigo, y haría quiebra la misericordia divina, si se me hubiesen de perdonar todos mis crímenes... ¡Adelante, pues, como debe hacerlo un hombre! (Llama de la campanilla.) ¡Que se reúna, pues, con el alma de su padre, y que venga después!... ¡Yo me río de los muertos!... ¡Daniel! ¡Eh, Daniel!... ¿A que lo ha dispuesto también contra mí? ¡Parece tan misterioso!...

DANIEL. (Que se presenta.)—¿Qué mandáis, señor?

FRANZ.—¡Nada! ¡Anda, llena esta copa de vino, pero pronto! (Vase Daniel.) ¡Espera, anciano! Yo te descubriré; yo miraré tus ojos con tal fijeza, que tu misma conciencia, sobrecogida, ha de palidecer á pesar de tu disimulo. ¡Morirá! Necio es quien sólo á medias hace su obra, y cesa luego, y se queda con la boca abierta, esperando que el azar la remate. (Entra Daniel con el vino.) ¡Déjalo ahí! ¡Mirame sin pestañear! ¡Cómo vacilan tus rodillas! ¡Cómo tiembblas! ¡Confíesalo, anciano! ¿Qué has hecho?

DANIEL.—¡Nada, señor! ¡Tan verdad como Dios existe, y mi pobre alma también!

FRANZ.—¡Bébetese ese vino!... ¿Cómo? ¡Tiembblas! ¡Pronto! ¿Qué has echado en ese vino?

DANIEL.—¡Libreme Dios! ¿Cómo? ¿Yo... en el vino?

FRANZ.—¡Has echado veneno en el vino! ¿No estás pálido como un cadáver? ¡Confíesalo, confíesalo! ¿Quién te lo ha dado? El Conde, no es cierto? ¡El Conde te lo ha dado!

DANIEL.—¡El Conde? ¡Jesús María! El Conde no me ha dado nada.

FRANZ. (Sacudiéndolo con furor.)—¡Voy á ahogarte hasta que se ponga tu rostro cárdeno, embustero de cabellos blancos! ¿Nada? Entonces, ¿para qué habláis juntos en secreto? ¡Él, y tú, y Amalia! ¿Qué tramáis todos? ¡Dito! ¿Qué secretos, qué secretos te ha confiado?

DANIEL.—Dios, que todo lo sabe... No me ha confiado secreto alguno.

FRANZ.—¿Quieres negarlo? ¿Qué intrigas habéis urdido para acabar conmigo? ¿No es verdad? ¡Ahogarme mientras duermo? ¡Degollarme con una navaja de afeitar? ¡Envenenarme con vino ó chocolate? ¡Fuera, fuera! ¿O darme en la sopa el sueño eterno? ¡Habla, pues! Todo lo sé.

DANIEL.—Que no me ayude Dios en los trances de esta vida, si no os digo la pura verdad.

FRANZ.—Por esta vez, te perdono. Pero ¿no es cierto que puso en tu bolsillo alguna plata? ¿No lo es que te apretó la mano más de lo acostumbrado, así como suelen hacerlo antiguos conocidos?

DANIEL.—Jamás, señor.

FRANZ.—¿No te indicó, por ejemplo, que quizás te conociera?... ¿que tú debías acordarte de él? ¿que había de caerse la venda que cubre tus ojos?... ¿que... algo como... ¿Nada de esto te ha dicho?

DANIEL.—Ni una palabra de todo eso.

FRANZ.—¿Que motivos reservados le impedían... que á menudo hay que tomar ciertos disfraces para vencer á sus enemigos... que deseaba vengarse, vengarse del modo más terrible?

DANIEL.—Ni la más leve indicacion de esa especie.

FRANZ.—¿Es posible? ¿Nada enteramente? Recuerda, piénsalo... ¿Que conocía muy exactamente al otro señor... muy particularmente?... ¿que lo amaba... de todo corazón... como un hijo ama...?

DANIEL.—Creo haber oido de él algo parecido.

FRANZ. (Palideciendo.)—¿Lo ha dicho, lo ha dicho en realidad? ¡A ver, repítelo! ¿Decía que era mi hermano?

DANIEL. (Sorprendido.)—¿Cómo, señor mío?... No, no ha dicho eso. Pero cuando la señorita lo paseaba por la galería, yo limpiaba el polvo de los cuadros, y él se detuvo de repente delante del retrato del señor difunto, como herido por un rayo. La señorita lo señaló, y dijo:—Un hombre excelente...—Sí, un hombre excelente, respondió; y se enjugó los ojos.

FRANZ.—¡Oye, Daniel! Tú sabes que yo he sido siempre contigo bondadoso, alimentándote y vistiéndote, y teniendo siempre en cuenta tu edad y tus flaquezas en todas las cosas...

DANIEL.—¿Que Dios os lo premie, señor! Y yo os he servido honradamente.

FRANZ.—Eso mismo quería yo decir. No me has contradicho en tu vida, y sabes bien que has de obedecerme en cuanto te mande.

DANIEL.—Con toda mi alma, no siendo contra Dios y mi conciencia.

FRANZ.—¡Broma, broma! ¿No te avergüenzas? ¿Un hombre anciano dando fe á esos cuentos de brujas? ¡Quita allá, Daniel! Es una estupidez pensar así. Yo soy tu señor. Dios y la conciencia me castigarán, si es que hay Dios y conciencia.

DANIEL. (Levantando las manos.)—¡Cielo misericordioso!

FRANZ.—Como tu deber es obedecerme... ¿entiendes lo que te digo? como siendo deber tuyo obedecerme, te ordeno que el Conde no exista ya mañana entre el número de los vivos.

DANIEL.—¡Socorro, santo Dios! Y ¿por qué?

FRANZ.—¡En nombre de tu ciega obediencia!... y yo te protegeré.

DANIEL.—¿A mí? ¡Socórreme, Santa Madre de Dios! ¿A mí? ¿Qué mal he hecho yo, pobre anciano, hasta ahora?

FRANZ.—Esto no puede aplazarse, y tu suerte está entre mis manos. ¿Quieres pasar tu vida entera en el más profundo de mis calabozos, en donde el hambre te obligará á roer tus propios huesos, y la ardiente sed á beber de nuevo tu misma agua?... ¿O prefieres comer tu pan tranquilo y pasar en paz tus últimos años?

DANIEL.—¿Qué decis, señor? ¿Paz y descanso en la vejez, siendo un asesino?

FRANZ.—¡Contesta á mi pregunta!

DANIEL.—¡Mis canas, mis canas!

FRANZ.—¿Sí ó no?

DANIEL.—¡No!... ¡Dios tenga piedad de mí!

FRANZ. (Haciendo ademán de irse.)—¡Bueno! Tendrás lo que mereces. (Daniel lo detiene, y cae á sus pies.)

DANIEL.—¡Piedad, señor, piedad!

FRANZ.—¿Sí ó no?

DANIEL.—Señor, tengo ahora setenta y un años; he honrado á mi padre y á mi madre, y á nadie, que yo sepa, he perjudicado por valor de un solo maravedí; he sido fiel y leal á mis creencias, sirviendo en vuestra casa cuarenta y cuatro años, y esperaba ahora tener una muerte sosegada y bendita. ¡Ay de mí, señor! (Abrazando sus rodillas.) ¿y queréis arrebatar-me mi único consuelo al morir, que el gusano roedor de mi conciencia ahogue mi última oración, que me acometa el sueño eterno siendo un objeto de horror ante Dios y ante los hombres? ¡No, no, mi mejor, mi más bondadoso señor! ¡No intentéis esto; no lo podéis exigir de un anciano de setenta y un años!

FRANZ.—¡Si ó no! ¿Qué significa tanto inútil hablar?

DANIEL.—Desde ahora os serviré con mayor celo, cansaré en vuestro servicio mis secos músculos; como un jornalero, me levantaré temprano, me acostaré tarde... é invocaré ¡ay de mí! vuestro nombre en mis oraciones de la mañana y de la noche, y Dios no desoír á la súplica de un anciano.

FRANZ.—La obediencia es preferible al sacrificio. ¡Mas oído tú jamás que el verdugo hiciese remilgos cuando había de ejecutar alguna sentencia?

DANIEL.—¡Ay de mí, indudablemente! pero asesinar á un inocente... á un...

FRANZ.—¿He de darte cuenta de mi conducta? ¿Pregunta el hacha al verdugo por qué ha de herir aquí y no allí?... Pero mira hasta dónde llega mi generosidad... te ofrezco una recompensa por cumplir mis órdenes.

DANIEL.—Yo, cumpliendo mi deber, esperaba seguir siendo buen cristiano.

FRANZ.—Nada de contradicciones. ¡Mira! Te dejo el plazo de un día para pensarlo. Reflexiónalo. La dicha ó la des-

dicha... ¿oyes tú? ¿entiendes? ¡La dicha mayor y la mayor desdicha! Haré prodigios en atormentarte.

DANIEL. (Después de un momento de reflexión.)—Lo haré, mañana lo haré. (Vase.)

FRANZ.—La tentación es grande, y él no ha nacido para ser mártir de su fe... Bien va esto, señor Conde. Según todas las probabilidades, mañana por la noche celebraréis vuestro banquete final... Todo depende en este mundo de la opinión, y es indudablemente un loco el que trabaja contra sí. Al padre, que acaso ha bebido una botella de vino más de lo acostumbrado, acomete cierta concupisencia... y de aquí sale un hombre, y este hombre era lo último en que había pensado en todos estos trabajos de Hércules. Yo, por mi parte, experimento también ahora ese deseo... y muere un hombre, y hay aquí más inteligencia y más intención que hubo allí para que naciera. ¿No influye, por lo común, en la existencia de la mayor parte de los hombres el ardor de una tarde de Julio, ó el aspecto provocador de una cama, ó la postura inclinada de una Venus de cocina, dormida, ó una claridad dudosa?... ¿Es el nacimiento del hombre la obra de un acto animal, de una casualidad? Entonces, ¿quién pensará que la negación de su existencia es más importante? Maldita sea la estupidez de nuestras nodrizas y niñeras, que extravían nuestra imaginación con cuentos horribles, y graban en nuestro delicado cerebro imágenes espantosas de castigos en la otra vida, de tal suerte que, sin quererlo, temblor y frío angustioso se apodera de nuestros miembros, coartan nuestra osadía y nuestra decisión, y encadenan nuestra razón, al despertar, en creencias oscurantistas y supersticiosas... ¡El asesinato! como si un infierno entero de furias hubiera de rodearlo... pero la naturaleza se olvida de fabricar un hombre más... no se ha ligado el ombligo... el padre ha permanecido ocioso la noche de bodas... y des-

aparece toda esa endiablada fantasmagoría. Era algo, y ya no es nada. ¿No equivale esto á era nada y nada es? ¿A qué gastar palabras en nada?... El hombre nace del lodo, en el lodo se revuelve un instante y se convierte en lodo, y en él fermenta, hasta que al fin se queda adherido á la suela de los zapatos de su nieto. Tal es el fin del canto... el círculo fangoso del destino humano, por lo cual... ¡buen viaje, señor hermano! La moralidad hipocondriaca y molesta de la conciencia puede arrancar de los lupanares á viejas arrugadas, y atormentar á usureros ancianos en su lecho de muerte... pero conmigo no tiene valor alguno. (Vase.)

ESCENA III.

Otro aposento del Castillo.

MOOR, que entra por una puerta, y DANIEL por otra.

MOOR. (Con viveza.)—¿En dónde está la señorita?

DANIEL.—Permitid, señor, á un pobre hombre que os dirija una súplica.

MOOR.—¿Concedido! ¿Qué deseas?

DANIEL.—No mucho... y todo... algo insignificante... y sin embargo de la mayor importancia... ¡dejadme besaros la mano!

MOOR.—¡No, buen anciano, (Lo abraza.) á quien yo podría llamar mi padre!

DANIEL.—Vuestra mano, vuestra mano!

MOOR.—¡No, no!

DANIEL.—Debo besarla. (La coge, la mira un instante y cae de rodillas.) ¡Mi muy querido, mi excelente Carlos!